



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 28, n.º 101, 2023, e7768359
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9555

¿Una vez más “teorías de alcance intermedio”? Debates sobre teorización social/sociológica en/desde América Latina

Once again “middle range theories”? Debates on social/sociological theorizing in/from Latin America

Pablo DE MARINIS

<https://orcid.org/0000-0002-0323-5708>

pablodemarinis@gmail.com

Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Universidad de Buenos Aires, CONICET, Argentina

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7768359>

RESUMEN

El trabajo se ocupa de algunos problemas fundamentales del subcampo de la teoría social/sociológica, en particular en nuestro ámbito latinoamericano, tomando como estímulo o pretexto algunos de los problemas planteados en el libro *La gran transformación de la sociología*, de Esteban Torres. Luego de algunas observaciones iniciales acerca de las consecuencias de la irrupción de la pandemia de COVID-19 sobre nuestra actividad sociológica, el texto avanza en tres pasos sucesivos. Primero, se plantean algunas discusiones acerca de la escala adecuada para el análisis sociológico (que incluyen una defensa de la teorización de alcance intermedio); luego, se reflexiona acerca de la temporalidad implicada en la teorización, los desafíos de la aceleración social y los callejones sin salida del “teoricismo”; finalmente, se plantea una discusión acerca del significado de teorizar desde el “Sur”. Las conclusiones reafirman la necesidad de continuar los debates en este campo, valorando los aportes de Torres, pero sin dejar de subrayar algunas importantes diferencias con sus propuestas.

Palabras clave: Teoría social/sociológica, gran teoría, teorías de alcance intermedio, geografía política del conocimiento.

ABSTRACT

The paper deals with some fundamental problems of the subfield of social/sociological theory, particularly in our Latin American context, taking as a stimulus or pretext some of the problems raised in the book *La gran transformación de la sociología*, by Esteban Torres. After some initial remarks about the consequences of the outbreak of the COVID-19 pandemic on our sociological activity, the text proceeds in three successive steps. First, some discussions are raised about the appropriate scale for sociological analysis (including a defense of middle range theorizing); then, we reflect on the temporality involved in theorizing, the challenges of social acceleration and the dead ends of “theoricism”; finally, a discussion is raised about the meaning of theorizing from the “South”. The conclusions reaffirm the need to continue the debates in this field, valuing Torres’ contributions but also highlighting some important differences with his proposals.

Keywords: Social/sociological Theory, Grand Theory, Middle range theories, Political geography of knowledge.

Recibido: 28-10-2022 ● Aceptado: 14-02-2023



INTRODUCCIÓN: PANDEMIA DE COVID-19, TEORÍAS SOCIALES DEMASIADO GRANDES, INVESTIGACIONES EMPÍRICAS DEMASIADO PEQUEÑAS

La teorización y reflexión de índole “social” es un área de actividad que siempre ha tenido el mayor de los desarrollos en América Latina, a través de diversas generaciones. Los grandes intelectuales “generalistas”, verdaderos pensadores de “la nación” y “el continente”, como Martí, Rodó, Bello, Sarmiento, etc., supieron ocuparse de los más variados asuntos políticos y sociales durante buena parte del siglo XIX. Recién a finales del siglo XIX y comienzos del XX se crearon las primeras cátedras dedicadas específicamente a la enseñanza de la sociología en diversas universidades de la región. Si bien estas cátedras fueron antecedentes importantes en la historia de nuestra disciplina, ellas no eran todavía espacios autónomos de enseñanza y producción de conocimiento sociológico, sino más bien asignaturas sociológicas aisladas en el marco de facultades y carreras que, en su mayoría, eran de derecho o economía. Así, si bien la sociología mostró un desarrollo temprano, simultáneo al sucedido en otras partes del mundo, en sus inicios quedaba todavía mayormente subordinada a otros campos de conocimiento.

Una autonomización y una institucionalización aún más marcada de la disciplina tendría lugar recién promediando el siglo XX, a través de la creación en diferentes países de escuelas de sociología en las cuales se empezaron a dictar carreras de grado completas y especializadas. Además de la dimensión “enseñanza”, este proceso se dio también por medio de la fundación de nuevos (o el relanzamiento de viejos) institutos de investigaciones sociales, que se abocaron a estudiar de manera sistemática y con los métodos más modernos los más variados fenómenos sociales, tales como la urbanización, la industrialización, las migraciones, los medios de comunicación de masas, el campesinado, etc.¹. Finalmente, no quiero dejar de mencionar como un hecho también significativo en aquellas décadas centrales del siglo XX el ingreso de esos relativamente nuevos campos sociológicos nacionales de docencia e investigación en redes regionales e internacionales de interlocución (con sus congresos, sus revistas, sus editoriales, etc.), así como (*last but not least*) de financiamiento para las investigaciones y para la formación de posgrado.

En todos estos procesos, en cada una de estas diferentes etapas históricas, la actividad de teorización siempre ocupó un papel destacado, como también lo sigue ocupando ahora. Así, asumió las más diversas formas, desde la más creativa apropiación hasta la más acrítica importación de referencias teóricas producidas en otros contextos culturales, pasando por variadas apuestas por una genuina autonomía intelectual, la cual a su vez fue entendida de numerosas y diferentes maneras. En cualquier caso, la “teoría”, más allá de cómo ella haya sido entendida en cada momento, como esfera autónoma de actividad intelectual legítima o como instrumento para “otra cosa”, fue desempeñando muy diferentes papeles: generó imágenes del mundo potentes y vinculantes para quienes las formularon y para sus auditorios; performó y apuntaló cosmovisiones y diversas formas de la imaginación política; orientó o condujo procesos de investigación empíricamente anclados; conformó sistemas de conceptos más o menos integrados en un todo más o menos coherente y homogéneo; etc. A su vez, al tratarse de teorías “sociales”, siempre debió ponerse en juego un cierto esfuerzo por estar a la altura del desafío de abordar las más importantes “encrucijadas epocales”, las que a su vez en nuestra región se cifraron o condensaron en diferentes sintagmas: libertad, nación, raza, civilización, autonomía, independencia, progreso, desarrollo, democracia, socialismo, etc. Esta lista podría prolongarse con algunas palabras más, que al igual que las anteriores tuvieron sus respectivos momentos de auge y de retroceso, de inflacionaria y masiva utilización, de relativa desaparición del vocabulario político y social, o de resurgimiento y reaparición tras haber experimentado ciertos lapsos de relativo letargo.

Luego de esta breve contextualización introductoria que, hasta este punto, no pretendió más que realzar la necesaria e intrínseca relación existente entre las teorías sociales y las épocas históricas en las que ellas se gestan y despliegan (y a las que fuertemente interpelan), quisiera entrar propiamente en el objeto del presente artículo a través de una breve digresión autobiográfica. Corrían los años finales de la década de los ‘80 del pasado siglo, y yo era un joven estudiante de grado de sociología en la Universidad de Buenos Aires. Por entonces, en el lapso de muy pocos meses se derrumbó como un castillo de naipes la mayoría de aquellas decisivas experiencias de la modernidad que dábamos en llamar “socialismos reales”. Puedo

¹ Me refiero en particular a Estados Unidos, así como a algunos países de Europa Occidental (en especial, Francia y Alemania).

recordar perfectamente a mis docentes de aquellos años, cuando confesaban con tanta sorpresa como resignación que “esto no lo habíamos imaginado”, y mucho menos “así” (“esto” era el mentado derrumbe, y “así” daba a entender “con tan acelerado *tempo*”).

Ahora soy yo mismo uno de esos profesores. Es desde esa condición que puedo afirmar que algo similar a aquello vivido a finales del siglo XX nos sucedió en la comunidad de las ciencias sociales y humanas a comienzos del año 2020, con la súbita irrupción y vertiginosa dispersión del COVID-19 a nivel pandémico. Tampoco esta vez pudimos preverlo, ni anticipar la magnitud que habría de alcanzar. Además de que la definitiva derrota de la pandemia es incierta, ni se sabe de manera fehaciente cuándo (ni si) será posible derrotarla alguna vez², resulta bastante evidente que ella aún no ha mostrado todos sus dientes. De todas formas, la pandemia ya ha puesto de manifiesto una importante serie de consecuencias en todos los planos de la vida social, desde la producción, el consumo y el transporte pasando por la dinámica de los sistemas de salud y educativos, hasta las formas de organización de la vida familiar, el (des)balance de poder entre los géneros, los usos del ocio y el tiempo libre e incontables etcéteras más.

Justamente para relevar qué ha cambiado decisiva y abruptamente, qué se ha mantenido incólume, qué se ha esfumado, en qué ámbitos se han reforzado, intensificado o acelerado tendencias previamente en marcha, ya desde el primer despuntar de la pandemia mis colegas que se desempeñan en el campo de la investigación social empírica se embarcaron prontamente en todo tipo de estudios. Tanto en modestas como en comparativamente más ambiciosas investigaciones, con abundantes o menguados recursos materiales e intelectuales, se desplegó allí todo el habitual arsenal de técnicas de relevamiento de información, que van desde las viejas encuestas y entrevistas, pasando por las tradicionales observaciones (participantes o no) hasta las más novedosas etnografías virtuales (las que, para algunos y algunas, se convirtieron prácticamente en la única forma posible de “hacer campo”). Poco tiempo después, empezaron a producirse las primeras codificaciones de esos intensos trabajos de campo, a menudo impactantes fenomenologías que tenían el sabor (y el calor) del pan recién horneado. Y luego siguieron informes ya algo más potentes, escritos a veces (no siempre) con algo más de elaboración y refinamiento conceptual. Subrayo el “no siempre”, porque en ciertos casos estos reportes de investigación contuvieron apenas recuentos empíricos o descripciones “fieles a los hechos”, con una carga teórico-conceptual de intensidad ciertamente baja, y sobre todo con rendimientos explicativos relativamente pobres.

Para redondear mi argumento, agregaré que, al lado de todas estas variadísimas incursiones empíricas (las excelentes, las regulares o las mediocres), tampoco escasearon en aquellas primeras semanas de pandemia ensayos teórico-sociales de ambiciosas pretensiones totalizadoras y totalizantes, en las cuales se ensayó (nunca mejor dicho) lo que apuntaba más arriba como un rasgo constitutivo de la mayor parte de las teorías sociales: el esfuerzo por comprender el presente. En todo lo que pude observar, entre las producciones sociológicas de los y las colegas el contraste no pudo ser mayor. En efecto, nuestros y nuestras colegas responsables de incursiones “de campo”, más allá de algunas eventuales pobreza conceptuales, al menos lograron producir algunos relevamientos bastante eficaces de “hechos sociales” en el mismo momento en el que ellos estaban teniendo lugar. Pero en no pocas intervenciones teóricas, en cambio, mayormente se exhibía, por un lado, un dogmático aferramiento a los esquemas analíticos que se tenían preestablecidos (pretendiendo forzar los recientes acontecimientos para que encajen en esos mismos esquemas, por las buenas o por las malas). Por otro lado, no se tenía el menor resquemor a la hora de revolear escenarios de futuro ora utópicos ora distópicos, casi siempre sin la menor apoyatura empírica³ o con ambiciones desmesuradas, como si el mundo fuera plano y uno solo (y no uno de extrema complejidad, lleno de facetas, aristas, ángulos, dimensiones y fragmentos), o como si algunas experiencias indiscutiblemente particulares fueran susceptibles de ser elevadas al rango de universales, sin hacer el menor esfuerzo por tomar las indispensables precauciones que nos enseñaron ya en nuestras primeras clases de metodología de primer año de la licenciatura.⁴

² ¿Cuándo estaremos en condiciones de saber que la pandemia quedó propiamente “atrás”? ¿qué indicadores tomaremos para ello?

³ ¿Es acaso una tendencia intelectualmente degenerada o será tachada sin más de “positivista” (y habrá que pedir perdón por ello) la exigencia de que se presente alguna evidencia para argumentos que se lanzan al viento con total e irresponsable desparpajo?

⁴ Véanse los artículos de Waisbord (2020) y Rodríguez (2020), con quienes compartí esa misma sensación de malestar e insatisfacción ante

Debo admitir que yo mismo quizás esté incurriendo ahora en un abuso de generalización, pues no todos los ensayos teóricos publicados en el fragor de las primeras semanas de pandemia fueron del mismo modo vacuos y altisonantes. Tampoco todas las investigaciones empíricas estuvieron en condiciones de ofrecer potentes descripciones y explicaciones. Pero sí quisiera subrayar que realmente así de dispar o bifurcada fue mi experiencia personal al toparme con todas esas producciones académicas desencadenadas por la pandemia: teorías tan (demasiado) grandes que finalmente no explicaban nada; relevamientos empíricos que al menos daban alguna cuenta de las (a veces, demasiado pequeñas) realidades emergentes. Incluso cuando ese “dar cuenta”, viniera, a menudo, dotado de un bajo voltaje conceptual, de una limitada capacidad explicativa.

En el medio de ese verdadero vendaval de producciones sociológicas aparecidas en el contexto de la pandemia, en marzo de 2021 fue publicado un libro de Esteban Torres titulado *La gran transformación de la sociología*, en edición conjunta de CLACSO y la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Por cierto, si bien incluye algunas referencias al COVID-19 (sobre las que más abajo volveré), no se trata propiamente de un libro “sobre” la pandemia y sus efectos, sino que consiste una compilación de trabajos recientes, ninguno previo a 2015, la mayoría de ellos de autoría individual. Se trata de un volumen ciertamente importante de producción, con algunos artículos densos y extensos, otros más breves y puntuales, y otros, a su vez, capítulos de libros, reelaboraciones de conferencias, introducciones a otras compilaciones propias, contribuciones en *dossiers* colectivos, etc. Más allá de esta diversidad de formatos, interlocuciones y motivaciones, se hace evidente su articulación en torno a una serie de preocupaciones que el autor explicita ya desde el capítulo introductorio, escrito *ad hoc* para esta ocasión. Ellas giran mayormente en torno a una localización geopolítica concreta (América Latina), un cierto periodo histórico (*grosso modo*, las últimas cinco décadas) y un específico campo de saber (las ciencias sociales, más en concreto la sociología y, dentro de ella, su/s teoría/s).

Partiendo de estas coordenadas iniciales, el libro de Torres transita numerosos caminos: los cambios temáticos y de estilos de trabajo de las ciencias sociales de la región; su (también cambiante) relación con la política, el Estado y la democracia; la situación actual en la que se encuentra la producción sociológica regional; las perspectivas teóricas y las figuras que hoy prevalecen y aquellas que han languidecido; el impacto de los feminismos; el devenir del marxismo en el ámbito académico, y varios etcéteras más. Además de defender con vehemencia sus propias posiciones, la compilación ofrece un diagnóstico acerca del presente de la sociología regional lapidaria e inequívocamente negativo, sintomático de una grave y terminal crisis.

Pero esto no es todo. Torres pone también en juego una fuerte apuesta o pretensión normativa. Así, postula algunas vías de salida a la mentada crisis. En efecto, para él, una serie de “macroprocesos”, el último de los cuales es la pandemia de COVID-19,⁵ abren una ventana de oportunidades de renovación para la sociología latinoamericana. De tal forma, hablando de COVID-19, su planteamiento llega hasta hoy, un presente en el cual no sabemos (ni podemos saber siquiera de manera aproximada) el rumbo que tomarán “las cosas” (tampoco “las palabras”, y menos aún las palabras sociológicas latinoamericanas) una vez que quede atrás la pandemia que todavía estamos padeciendo. En cualquier caso, pandemias aparte, después de la “Gran Transformación” que durante cinco décadas ha experimentado, según Torres la sociología latinoamericana necesita convertirse en “otra sociología”, recuperando un “proyecto intelectual” propio e impulsando un nuevo “paradigma mundialista”.

El libro tiene casi 500 páginas, incluye 22 textos, y dada la cantidad y variedad de temas y problemas planteados, muy lejos estoy de haberlo sintetizado o reseñado en los párrafos precedentes. No es tampoco mi intención hacerlo en las páginas que siguen. Sin embargo, quisiera incitar a los lectores y lectoras de este artículo a leer el libro, mucho más por la centralidad, relevancia y actualidad de las preguntas que plantea en torno a temas cuyo interés comparto con él (la teorización sociológica, la región en la que trabajamos y

cierto tipo de producción teórica gatillada por la pandemia.

⁵ Los otros dos, realizados con frecuencia a lo largo de su libro, son la crisis económica global de 2008 y lo que llama la “ola de integración desde abajo” en América Latina, que localiza históricamente entre 2003 y 2015.

habitamos, la relación entre la actividad de teorización y las prácticas políticas emancipatorias, etc.) que por la forma que asumen algunas de las respuestas a las que arriba. Así, tomándome seriamente los ambiciosos propósitos y las polémicas intenciones que el autor expresa en el mencionado libro, dadas las limitaciones de espacio, me detendré solamente en algunos de sus planteamientos. Y los usaré como el pretexto que me dará pie para la exposición de mis propios argumentos, en los cuales, como se verá, coincidiré y disientiré con Torres, en variadas dosis.

Así, terminaré afirmando que varios de los problemas sobre los que se interrogó Torres en su libro mantienen estrecha relación con las sensaciones divergentes que me generaron estas prácticas sociológicas (de teorías demasiado “grandes” e investigaciones empíricas demasiado “pequeñas”) que proliferaron apenas estallada la pandemia de COVID-19. Mi planteamiento avanzará en tres pasos sucesivos pero articulados. En el primero, algo más extenso que los otros, reivindicaré la importancia de volver a plantear (¡una vez más!) la pregunta por la “escala adecuada” del análisis sociológico. En la segunda sección, y ya poniendo directamente el foco en la actividad de la teorización,⁶ se desplegarán algunas reflexiones acerca de la temporalidad que a mi juicio requiere esta actividad, y acerca de los problemas derivados del “teoricismo”. En tercer término, el argumento se espacializa, al tomar directamente entre manos lo que últimamente tiendo a llamar “geografía política del conocimiento”, como modo de interrogación sobre los espacios de enunciación de nuestras teorías. Se cerrará el trabajo con unas breves conclusiones que, así lo espero, continúen el debate abierto en el marco de un campo de intereses investigativos que comparto con Torres (lo designaré rápido: la teoría social/sociológica latinoamericana), un campo quizás hoy más pequeño de lo que fue en otros momentos, pero que no por ello deja de ser prometedor.

Y, ahora sí para concluir la introducción de este artículo, haré dos breves comentarios sobre el sintagma “teoría social/sociológica latinoamericana” que acabo de utilizar en el párrafo anterior. Primero, diré que la distinción teoría social / teoría sociológica me parece sumamente relevante para los temas que se discuten en este artículo. Pero un desarrollo de este problema me desviaría de mis objetivos expositivos principales. No obstante, me limitaré a referir el trabajo de Aronson (2019), quien desde mi punto de vista ha realizado la presentación más clara y acabada del estado de la cuestión de esta distinción. Y, finalmente, la otra cuestión que merecería una reflexión más detallada es la referencia “latinoamericana”. Sin ánimo de abrir otro debate que tampoco podré abordar aquí, sólo me permito sugerir la lectura de Martuccelli (2015), quien utilizando la expresión “sociología sobre América Latina” engloba tanto las producciones que hacemos en nuestros medios académicos locales en los diversos países de nuestra región como las que hacen (en especial en universidades del “Norte”) nuestros y nuestras colegas “latinoamericanistas”. A los fines del presente artículo, debe tenerse en cuenta que me estoy refiriendo particularmente a la producción sociológica académica que hacemos en los diversos países de nuestra región, tomando como horizonte de referencia las realidades emergentes en nuestras sociedades.⁷

LA PREGUNTA POR LA ESCALA DEL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO. ENTRE LAS GRANDES TEORÍAS (GT) Y LAS TEORÍAS DE ALCANCE INTERMEDIO (TAI)

Siempre me han resultado sumamente atractivas las “grandes teorías” (GT) en sociología, tanto para enseñarlas en mis clases como para descifrarlas en mis investigaciones. Nunca mejor dicho: la laberíntica sofisticación de la forma y la abstracta oscuridad del contenido de cualquier GT nos suele demandar un arduo trabajo de exégesis y desciframiento, para encontrar la clave secreta u oculta, no directamente aprehensible a través de exploraciones sobre meras superficies textuales.

Últimamente, sin embargo, y por razones que solamente en parte he dado a entender con lo planteado hasta ahora en este trabajo, he entrado en una fase proclive a cierta sobriedad y “minimalismo” formal,⁸

⁶ y no tanto en la empresa sociológica en su conjunto, que incluye a la actividad de teorización como un componente más, uno relevante, por cierto, pero uno entre otros.

⁷ Es particularmente ése el lugar de enunciación de teorías que más me interesa interpelar, lo cual haré de manera explícita más abajo, en especial en la tercera sección del presente trabajo.

⁸ Una primera confesión de esta reciente inclinación tuvo lugar en una ponencia que presenté en 2021 en las Jornadas de Sociología de la

signada por un relativo escepticismo epistemológico no sólo respecto de la eficacia descriptiva sino, yendo más a fondo, incluso sobre la propia necesidad de GT. Así, simpatizo cada vez más abiertamente con propuestas de “alcance intermedio”, cuya definición popularizó hace más de medio siglo el sociólogo estadounidense Robert K. Merton, justo en un momento en el que la voz cantante de la escena sociológica la llevaba su maestro/colega Talcott Parsons, uno de los nombres a quien quizás mejor le quepa el rótulo de ferviente cultor de la “*Grand Theory*”.⁹

En una primera definición tomada de aquel famosísimo libro de Merton, con el que se han formado varias generaciones de sociólogos y sociólogas,¹⁰ y que llevó el título de *Teoría y Estructura Sociales*, se afirma que las teorías de alcance intermedio (TAI) son “teorías intermedias entre esas hipótesis de trabajo menores pero necesarias que se producen abundantemente durante las rutinas diarias de la investigación, y los esfuerzos sistemáticos totalizadores por desarrollar una teoría unificada que explicara todas las uniformidades observadas de la conducta, la organización y los cambios sociales” (1995:56). Las primeras son presentadas como “descripciones ordenadamente detalladas de particularidades” y las segundas como “teorías generales de los sistemas sociales que están demasiado lejanas de los tipos particulares (...) para tomarlas en cuenta en lo que se observa” (ibidem). Las TAI incluyen, por cierto, abstracciones, pero ellas están “lo bastante cerca de los datos observados para incorporarlas en proposiciones que permitan la prueba empírica” (ibidem).

Lejos de ser dominantes, las GT no suelen constituirse en el marco teórico-metodológico único y general de la inmensa mayoría de las investigaciones que actualmente se realizan en sociología. Así, lo habitual es que en esos estudios podamos verificar el uso de tal o cual concepto procedente (o no) de alguna “Gran Teoría”, componiendo un marco conceptual de naturaleza híbrida o ecléctica, a partir de diferentes fuentes, pero no una Gran Teoría tomada en su integridad y de la cual podrían derivarse o deducirse “aplicaciones”. Por ejemplo, resultará más probable un uso pragmático y puntual del giddensiano concepto de “mecanismo de desanclaje” que de la “Teoría de la Estructuración” en su conjunto; o del luhmanniano “acoplamiento estructural” que de la “Teoría General de los Sistemas Sociales Autopoiéticos”, con todo lo que ella implica; o de alguna referencia al habermasiano concepto de la “colonización del mundo de la vida” por parte del sistema que la “Teoría de la Acción Comunicativa” en general.¹¹

Volviendo al libro de Torres, su impronta “generalista” es ciertamente infrecuente en las ciencias sociales (latinoamericanas y no sólo ellas). Mientras la gran mayoría de nuestros y nuestras colegas, respondiendo a las exigencias de ultraespecialización de los sistemas de CyT, ponen su empeño en abordar tal o cual baldosa, aquí tiene lugar una incursión que realmente sobrevuela el patio entero. Como es el caso de todas las visiones de conjunto, la de Torres tiene indiscutibles méritos: ofrece de un plumazo un ordenamiento de múltiples dimensiones de lo real, que los análisis demasiado particularizados no permiten realizar. De allí resulta una operación de reducción de complejidad que, justamente, habilita respuestas para preguntas de gran calado. Pero, al mismo tiempo, se corren ciertos peligros y se pagan algunos altos precios dadas las formas que asumen estas respuestas. Ellas se manifiestan, en todos los casos, a través de gestos que aquí

Universidad de Buenos Aires y que poco tiempo después se convirtió en un artículo (2022).

⁹ Al igual que los/las neoliberales, que rara vez se autodefinen como tales, quienes cultivan la “*Grand Theory*” rara vez lo admiten abiertamente. Como el neoliberalismo, el término es mencionado más por quienes lo denuestan (de manera históricamente ejemplar contra Parsons: Charles Wright Mills en 1961) que por sus propios cultores y cultoras, quienes más bien caracterizan su tarea teorizadora subrayando su abstracción, generalidad y sistematicidad, pero no a través de un adverbio como “gran”, que muy rápidamente se presta a una acusación de arrogancia, ampulosidad o excesiva pretenciosidad.

¹⁰ En un artículo en el que pasa revista a las diversas generaciones sociológicas, desde Comte hasta el presente, Lamo de Espinosa (2001) expone los resultados de una encuesta realizada en el congreso de la International Sociological Association realizado en 1998 en Montreal. En la pesquisa se le pedía a los/las asistentes al congreso que mencionaran los cinco libros de sociología publicados en el siglo XX que habían sido más influyentes para ellos/ellas. El *best seller* de Merton quedó ubicado en tercer lugar, luego de *Economía y Sociedad* de Weber y *La imaginación sociológica* de Mills.

¹¹ Los ejemplos elegidos no son casuales. La GT en su más ortodoxa variante parsoniana había sido duramente cuestionada en los años '60 y '70 del siglo XX desde variadas perspectivas (microsociológicas, fenomenológicas, marxistas, críticas, etc.). Pero en los '80 volvió a experimentar una suerte de *revival*, por ejemplo, en manos de los autores que aquí menciono. Bourdieu es otro candidato habitual para ofrecer conceptos de uso corriente en investigaciones sociales. Su apropiación suele darse de una manera similar: uso de tal o cual concepto (“*habitus*” o “*campo*”, los más recurrentes), pero no de su “teoría de la praxis” como referencia básica (cabe admitir que Bourdieu mismo fue muy reacio a construir “teorías generales”, y es el menos “teoricista” de todos los autores mencionados en esta nota; sobre los problemas del “teoricismo” volveré brevemente más abajo).

quisiera designar como “gran teóricos”. En los párrafos que siguen intentaré justificar mis argumentos, y el sentido de mis críticas a estos “gestos de impronta GT” que, a mi juicio, impregnan de cabo a rabo el libro de Torres.

Quisiera señalar, primero, que la tensión entre las TAI y las GT no supone una mera cuestión de tamaño del campo de análisis, del conocido tipo “micro vs. macro” que hizo furor en el debate teórico-sociológico de finales del siglo XX.¹² Un enfoque basado en TAI también podría interesarse exactamente por los mismos “grandes” fenómenos de la sociedad, la economía, la política y la cultura que le interesan a Torres y, desde luego, también a mí, como a casi toda la comunidad de las ciencias sociales. Lo que me parece cuestionable, es más bien una cierta manera de plantear las preguntas de investigación, y el alcance que se pretende legítimo para los hallazgos que partiendo de ellas se obtengan.

Voy a subrayar sólo tres “gestos de impronta GT” que tienen centralidad en el libro: el esquema de clasificación de las orientaciones de sociología latinoamericana de los últimos 70 años (ordenándolas en una tipología de tres categorías básicas: “autonomistas”, “norcéntricas” y “negacionistas”); en segundo lugar, la defensa de la necesidad de recuperar para la sociología de la región un “proyecto intelectual”, entendido como un “modo de compromiso con los grandes problemas de nuestro espacio-y-tiempo” (2021:67); y, finalmente, la propuesta de producir en ella un “cambio de paradigma”, avanzando hacia lo que Torres llama un “paradigma mundialista posmoderno y de propensión científica, que permita desplazar al paradigma posmoderno antimoderno y superar el escenario de descomposición general” (2021:435) en el que, para él, está sumida la sociología de la región.

Torres sostiene estas tres cuestiones de manera insistente a lo largo de todo el libro. Para que se pueda comprender en qué sentido, en tonalidad crítica, las caracterizo como “gestos de impronta GT”, debería reponerlas en extenso. Lamentablemente carezco del espacio necesario para hacerlo, por lo que podré apenas localizar las páginas del libro donde más explícitamente las desarrolla, para que los lectores y lectoras puedan revisarlas por su propia cuenta.¹³ Hecho esto, ahora sí, pasaré a plantear algunos breves comentarios.

Empezaré reconociendo que no me parece cuestionable de por sí la propuesta de una nueva clasificación de las orientaciones de la sociología de la región. Sobre todo, si ella permitiese avanzar en comprensiones más ricas, complejas y, sobre todo, más actuales de la misma. Esquemas dicotómicos del tipo “sociología de cátedra” vs “sociología científica”, o “ensayismo” vs. “cientificismo”, pueden haber sido eficaces en su momento a la hora de afirmar la posición propia e impugnar la ajena en el marco de luchas dentro del campo académico o, de manera más amplia, intelectual. Pero a la postre esos ejercicios resultaron bastante esquemáticos en un sentido conceptual más profundo. En la nueva clasificación que propone Torres advierto un esquematismo similar. Por lo pronto, por un lado, algunos de los nombres que asigna a orientaciones sociológicas me parecen un tanto desafortunados, pues se trata de palabras (por ejemplo “autonomista” o “negacionista”) que ya se encuentran fuertemente habitadas por otras significaciones muy diferentes a las que él les atribuye.¹⁴ Por otro lado, trayectorias sociológicas enormes y valiosas, que han experimentado a lo largo del tiempo mutaciones significativas atentas a los cambios sociales que tenían lugar ante sus ojos, y por ello son dignas de ser reconstruidas con el mayor detalle, como por ejemplo las de Gino Germani y Aníbal Quijano, resultan mayormente aplanadas en su rica complejidad de la mano de rótulos tan generalistas como “norcéntrico reformista” o “negacionista”.

En segundo lugar, la ambición de Torres de recuperar un “proyecto intelectual” para la sociología de la región sugiere que en algún momento lo perdió,¹⁵ y en consecuencia se encontraría a la deriva, sin rumbo.

¹² Tal como lo aclara el mismo Merton: lo “intermedio” de las TAI pasa a “través de la distinción entre problemas microsociológicos (...) y problemas macrosociológicos” (1995:87). Por eso pueden utilizarse TAI tanto en investigaciones sobre pequeños grupos como en estudios comparativos de movilidad social, que, como se sabe, suelen involucrar cohortes enteras durante largos períodos de tiempo.

¹³ La clasificación de las orientaciones sociológicas: (29-66); la cuestión del “proyecto intelectual” (67-87); el “paradigma mundialista” (421-462).

¹⁴ En efecto, “negacionista” es una palabra más fácilmente asociable a la Shoah o a los crímenes de las dictaduras cívico-militares de nuestra región que a la modernidad; y “autonomista” suele remitir en mayor medida a Toni Negri que a Raúl Prebisch.

¹⁵ Según él, esto sucedió desde inicios de los años '80 del pasado siglo.

Por supuesto que es posible reconocer que hay ciertos modos de vinculación de nuestra disciplina con los grandes problemas sociales de la época que predominan en ciertos tramos de la historia. O, asimismo, que hay temas de la agenda sociológica de la enseñanza y la investigación que, por caso hoy, se encuentran en alza o en baja. Pero, en realidad, en las más diversas coyunturas históricas, estos modos de vinculación con el mundo social, y las prácticas políticas que se promovieron para incidir sobre él, siempre han sido extremadamente variados. Estos modos van/fueron desde una apuesta por la conservación autoritaria del orden social hasta propuestas francamente revolucionarias, pasando por diversas formas de (re)encauzamiento democrático de la conflictividad social.

Algo similar podría decirse respecto de la apuesta que realiza Torres en favor de un cambio paradigmático. En este caso, el supuesto subyacente es que hoy existiría un paradigma dominante y que, en tanto tal, debe ser cambiado. Pero, en realidad, pocas empresas científicas expresan tal grado de diversidad paradigmática como la sociológica. Además, si así fuese (si hubiera tal dominancia de un paradigma, justamente el que Torres propone cambiar), no sería posible al mismo tiempo denunciar una “carencia de rumbo” en la empresa sociológica. Porque si algo hacen los paradigmas, al menos en su acepción más difundida (la que popularizó Thomas S. Kuhn), es presentar marcos realmente vinculantes para definir lo que en cada caso debe ser considerado “normal”, o “anómalo”. A no ser que estemos ante un periodo de crisis de paradigma. Pero Torres, sin afirmarlo precisamente de este modo, aunque dando de todos modos a entender esa idea, sostiene que, hoy por hoy, la “ciencia normal” en nuestra región es el “negacionismo”.

Resumiendo: tanto en lo que hace a una consideración de la obra de tales o cuales autores/autoras (incluibles en alguna de las corrientes de la taxonomía trimembre que construye Torres), como en la consideración de las formas de articulación entre trabajo académico sociológico, política y “realidad social”, como en lo que hace a la identificación de formas dominantes de “hacer las cosas” en la sociología de la región, tengo una mirada mucho menos unilateral que la que, a mi juicio, expresa Torres a través de estos diversos “gestos gran teóricos”, tal como los he denominado más arriba.

Así, aun sin considerarme portador de una posición complaciente respecto de la producción sociológica latinoamericana *in toto*, tengo una mirada acerca de ella mucho menos sombría que la de Torres. También yo (en esto sí puedo expresar mis coincidencias con él) deploro el “capitalismo académico” como modo rastrero y oportunista de organizar y rentabilizar las carreras académicas; el “empirismo” como postura epistemológica fundamental; el “teoricismo” como formato básico de actividad de teorización; el “conformismo”, la “docilidad”, la “despolitización” y la “micropolitización” como forma pasiva de reacción ante los avatares político-sociales y las injusticias de nuestras sociedades.

Pero, en todo caso, para llegar a considerar todas estas cuestiones como descriptores válidos del estado actual de la disciplina en la región se requerirían menos “gestos gran teóricos” y más análisis detallados, localizados en encrucijadas epocales y teóricas determinadas, y no enarbolados con las pretensiones de generalidad que, según lo advierto, esgrime Torres. Así, podría llegar a admitirse que todas estas tendencias existen y que sin duda alguna merece nuestra crítica y sobre todo nuestra resistencia ética, política y académica. Pero creo que no son las únicas, ni tampoco son dominantes. Ellas se manifiestan con matices, con claroscuros y, sobre todo, se dan *vis a vis* tendencias que, por fortuna, las resisten. Gracias a estas últimas, el capitalismo académico puede efectivamente combatirse a través de articulaciones y co-producciones horizontales solidarias, interinstitucionales y transnacionales; el empirismo banal que reduce nuestra tarea a un tedioso recuento de sujetos o a descripciones que en casi nada se diferencian de un “periodismo social”, puede verse interpelado por conceptualizaciones complejas y rigurosas que, a la vez, no recaen en malabarismos conceptuales rayanos con el teoricismo. Finalmente, la docilidad como actitud básica frente a los poderes fácticos puede efectivamente contrarrestarse con diversas formas de colaboración entre la academia y el activismo en las cuales a las “viejas” reivindicaciones de clase se le agregan y superponen (por cierto, de una manera no subordinada) “nuevas” demandas basadas en el género, la etnicidad o la generación. Por todo esto, lejos de presentar el panorama de nuestra disciplina como signado por una “descomposición” o una “crisis profunda y persistente”, prefiero verlo simplemente como un escenario o un campo de disputas irresueltas con un final incierto, estrechamente entreverado con las urgencias práctico-políticas, tal como (casi) siempre lo estuvo, en (casi) todo tiempo y lugar.

LA TEMPORALIDAD DE LA TEORIZACIÓN, LOS DESAFÍOS DE LA ACELERACIÓN Y LOS ATOLLADEROS DEL TEORICISMO

Quienes lean este artículo seguramente conocerán una de las metáforas más bellas de la historia de la filosofía, aquella del viejo Hegel y el “búho de Minerva”, en la que se despliega la idea de una necesaria secuencia temporal implicada en la actividad del filosofar. Es casi un lugar común afirmar que estamos condenados y condenadas a teorizar y diagnosticar una vez que los acontecimientos que nos interesan intelectualmente, conciernen personalmente o preocupan normativamente ya sucedieron, o están apenas despuntando a su ser. Esto, de por sí, siempre ha sido problemático. Lo cierto es que en todas las generaciones de pensadores y pensadoras sociales el problema se ha sorteado de algún modo, y ha sido recién el juicio postrero de quienes les sucedieron (y con la perspectiva histórica que con eso se adquiere) el que pudo ponderar de manera más equilibrada y justa las intervenciones de sus predecesores y predecesoras, calibrándolas como aciertos geniales, yerros profundos, expresiones de una peculiar capacidad anticipatoria, etc.

Pero el problema de la temporalidad de la teorización no sólo supone, por un lado, el planteo de una relación entre el presente desde el cual se teoriza y un pasado (aunque sea reciente) donde ya sucedió aquello sobre lo que se teoriza. Así, por otro lado, en el pensamiento social siempre se han aventurado escenarios de futuro, posibles o probables (partiendo del análisis de las tendencias previas y las configuraciones presentes), o bien deseables (partiendo de los propios compromisos normativo-ideológicos). De tal forma, en toda actividad de teorización (incluso a través de formas abstractas que a primera vista parecen estar divorciadas de las prácticas sociales de los actores “de carne y hueso”) siempre anida una contribución para darle instanciación o efectivización a esos escenarios. Desde luego, las formas a través de las cuales esto sucede, no pueden predeterminarse de manera general, y deben ser en todo caso elucidadas a través de análisis histórico-empíricos más detallados.

Cuestiones relacionadas con todos estos problemas aparecen también interpeladas en muchos pasajes del libro de Torres. Más allá de su encendida defensa de la necesidad de elaborar una “teoría general”,¹⁶ considero sumamente interesantes sus reflexiones acerca de la temporalidad de la actividad de teorización, y comparto sus reparos ante los peligros de que ésta recaiga en el “teoricismo”. En efecto, frente a las tendencias empiristas, concuerdo con Torres en la necesidad y la posibilidad de realizar investigaciones estrictamente teóricas, procurando a la vez que ellas no queden reducidas a convertirse en un fin en sí mismo, sino que sean entendidas como una instancia puesta al servicio de la comprensión de determinados órdenes de realidad. Así, si no quiere convertirse en mero malabarismo de palabras, la investigación teórico-social no debería perder de vista su carácter y su referencia eminentemente “social”.

Pero bien sabemos que la actividad de teorización jamás sucede en un vacío relacional, como si ella pudiese asumir los atributos de una performance solitaria de carácter contemplativo. Al contrario, en particular bajo condiciones de modernidad, esa actividad suele tener lugar en un contexto fuertemente institucionalizado, de universidades, congresos, academias, editoriales, asociaciones profesionales, que tienen sus reglas, sus jerarquías, sus sistemas de recompensas y castigos, sus circuitos de consagración y validación y sus requisitos de acceso y permanencia. Todas estas instituciones realizan demandas contradictorias sobre nuestras trayectorias como agentes del sistema CyT: el viejo imperativo del *sine ira et studio*, de la dedicación parsimoniosa a “un” tema es una (y eso refuerza las tendencias a la especialización). Pero, en consonancia con los imperativos “aceleracionistas” de nuestra época,¹⁷ también se exige la producción de novedades que estén “a la altura” de las circunstancias, de los desafíos de la época,

¹⁶ Considerada incluso como “condición de posibilidad para el desarrollo mismo de las ciencias sociales” (2021:312). Allí observo, otra vez, rasgos “gran teóricos”, que no comparto.

¹⁷ Imperativos que hoy se observan, y de manera creciente, en prácticamente todas las esferas de la vida social, tal como lo vienen explicando hace algunos años autores como Rosa. A modo de ejemplo, véase su tesis de habilitación (2005), a partir de la cual se abrieron una serie de otras publicaciones. Una perspectiva general sobre el “aceleracionismo” en la actividad académica la ofrece Vostal (2016). Guzmán Tovar (2019) pone el foco en las actuales tendencias aceleracionistas en las ciencias sociales latinoamericanas.

presumiblemente para un público extenso (la opinión pública, los poderes del Estado, diversas organizaciones, etc.) pero que, a decir verdad, en muy raras ocasiones excede el pequeño mundo de los y las colegas que nos leemos entre sí.

Como puede verse, hay aquí planteado todo un campo de tensiones: el aceleracionismo fuerza a las instituciones a exigirnos resultados cada vez más rápidos, mensurables y cuantificables, pero la actividad de teorización, si quiere hacerse con seriedad, también requiere su tiempo, esto es, alcanzar perspectiva y dimensión histórica. Nunca deja de producirse teoría, pero a menudo eso se hace con poco rigor, esto es, con escasa o nula evidencia (porque también la construcción de evidencias lleva tiempo). Y a esto se le suma un problema adicional, que ya venía desde antes pero que quizás la pandemia de COVID-19 haya agravado: esta es una época de fuerte retroceso del pensamiento utópico o, para decirlo en términos menos ampulosos, cada vez nos atrevemos menos a imaginar escenarios de futuro. Podemos deseárselos, y no todos los escenarios nos dan lo mismo. Pero difícilmente los estemos empotrando en nuestro propio trabajo de teorización. Desde luego, no tengo respuestas, ni propuestas, ni salidas al alcance de la mano, por lo que sólo me conformaré con dejar estas preguntas planteadas, en diálogo con los planteos de Torres.

LA GEOGRAFÍA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

En el libro de Torres se hace un abundante uso del concepto de “sociedad mundial”. No alcanzo a distinguir si se trata de una elaboración propia del autor, sirviéndose (o no) de referencias tomadas de la teoría de los sistemas sociales (en la que el concepto tiene gran desarrollo) o de alguna/s otra/s fuente. Pero a los fines de este artículo no me parece tan relevante determinarlo. Simplemente quisiera retomar ese marco de referencia planetario como contrapeso necesario frente al “nacionalismo metodológico” en el que lamentablemente a menudo parece recaer la teorización sociológica. En este punto, me parece, puedo también tener un acuerdo con Torres: no deberíamos tener ningún resquemor que nos impida “autorizarnos” a teorizar desde el Sur; a la vez, dado lo anterior, no deberíamos dejar de subrayar la necesidad de tomar la sociedad mundial como marco de referencia más amplio para nuestras teorizaciones.¹⁸

Así como en el apartado anterior había puesto especial énfasis en la temporalidad implicada en la actividad de teorización, en este caso voy a “espacializar” mi argumento, enfatizando una cuestión que juzgo básica y bastante obvia pero que no siempre es tenida en cuenta (o, si lo es, no se ve en ello problema alguno): nuestro trabajo en el campo de la teoría social/sociológica se despliega en un lugar específico en el marco de una suerte de “división internacional del trabajo académico”. Y si vamos a tener (como creo que es necesario) alguna sensibilidad ante la “geografía política del conocimiento”¹⁹ y a sus implicaciones, sería necesario reconocer que para quienes vivimos y trabajamos en el Sur del mundo, los mecanismos dominantes de la circulación internacional o transnacional de textos, teorías, perspectivas de análisis suelen tenernos asignado el lugar de pasivos agentes de consumo de artefactos elaborados (y empaquetados) en otras latitudes.

De todos modos, existen en nuestra región abundantes ejemplos de personas, grupos, corrientes e instituciones que han desarrollado estrategias capaces de eludir semejantes y, a primera vista, tan irresistibles, determinaciones. Y no sólo las han eludido, sino que han hecho de ellas un verdadero problema sociológico y epistemológico, es decir, el punto de partida para pensar otras formas de conocimiento de la realidad social. Estas estrategias han resultado posibles, incluso, para quienes, según lecturas a las que juzgo como superficiales,²⁰ han sido acusados de ser meros importadores de pensamientos ajenos, foráneos,

¹⁸ No tengo espacio para reponer aquí en detalle las interesantes reflexiones acerca del “Sur” y la “dependencia académica” que despliega Álvarez Ruiz (2019:29ss), siguiendo, entre otros y otras, a Fernanda Beigel, Boaventura de Sousa Santos y Anibal Quijano. En efecto, Álvarez Ruiz explica que “Sur” no indica un mero punto cardinal, sino una “geografía social” compleja que condensa múltiples formas de subordinación, que van desde la expropiación y la explotación hasta el silenciamiento. “Sur” tiene que ver, desde luego, con la experiencia de las periferias, pero no se reduce a ellas. Por eso resulta posible encontrar “Sur” también en sociedades del “Norte”.

¹⁹ Tomo ese sintagma en su sentido llano, literal, y no necesariamente en el que le da Pels (2001) en su (por demás, muy interesante) artículo.

²⁰ pues no se toman el trabajo de distinguir momentos, etapas, reelaboraciones, cambios de rumbo, en el marco de trayectorias intelectuales largas y prolíficas

o del “Norte”. Los ejemplos de estas acusaciones que primero me vienen a la mente, pilares indiscutibles de la sociología latinoamericana y con proyecciones mundiales, son, otra vez, Gino Germani y Aníbal Quijano.²¹ Por fortuna, han venido apareciendo análisis más detallados de sus obras, con preguntas de investigación bien localizadas y con precauciones metodológicas que permitan formularse seriamente la pregunta de “qué se pone en juego al analizar (desde hoy y desde aquí) una determinada obra”.²² Gracias a este tipo de análisis, es posible caracterizar a estos autores como responsables de síntesis altamente creativas, conformadas a partir de fuentes teóricas de las más variadas procedencias, que respondieron de diversas maneras (frontales o más indirectas) los desafíos que les plantearon determinadas encrucijadas epocales, procurando de ese modo intervenir sobre ellas.

Para terminar, quisiera subrayar la necesidad de que en los estudios teórico-sociológicos (tanto los que se proponen teorizar sobre el presente como los que abordan coyunturas históricas del pasado, así como las teorías que en cada momento se movilizaron para comprenderlas) se le preste la debida atención a esta geografía política del conocimiento. Si esto sucede, los cruces e intercepciones entre pensamientos de diversas procedencias no terminarán recayendo en inocentes y solipsistas análisis de “recepciones locales”, “latinoamericanas” o “tercermundistas”. Así, podría tomarse en cuenta la “simultaneidad” incluso de nuestras propias producciones con otras a las que el campo académico da su lugar, en otras latitudes,²³ observando cómo en esas simultaneidades se ponen en juego, a la vez, análisis cruzados de “encrucijadas teóricas” y “encrucijadas epocales”.²⁴

CONCLUSIONES

Como podrá observar quien se adentre en su libro, Esteban Torres nos ha propuesto una buena cantidad y variedad de estímulos para reflexionar acerca del estado actual de nuestra disciplina en la región, así como interpretaciones sobre su historia. Espero haber podido dar cuenta de esto en el presente artículo. Aun sin haber pretendido abordar el libro en su totalidad, lo dicho debería haber sido suficiente para dejar en claro que en algunos aspectos tomo distancia de sus planteamientos (sobre todo en lo que designo como “gestos de impronta gran teórica”), mientras que en otros me aproximo (como en su rechazo al “teoricismo”, o en sus referencias a la “sociedad mundial” y contrarias al “nacionalismo metodológico”, etc.).

El subcampo de la teoría social/sociológica latinoamericana es sin duda alguna un espacio más pequeño y de menor peso que otros subcampos sociológicos,²⁵ si esto pudiera medirse a través de la cantidad de equipos y proyectos, tesis de posgrado, mesas especializadas en congresos y conferencias, comités de investigación o grupos de trabajo en organizaciones regionales o internacionales de las ciencias sociales y publicaciones (tanto revistas como libros) que hacen de la teoría social/sociológica su (pre)ocupación principal.

²¹ Según la taxonomía de Torres, Germani cae de manera unívoca bajo el rótulo de “norcéntrico liberal reformista”. Quijano se resistiría mucho más a este esquema: tuvo su fase “norcéntrica marxista”, su momento dependientista lo acercó al “autonomismo”, y finalmente se convirtió en un adalid del “negacionismo”.

²² Sobre la obra de Germani, no quiero dejar de mencionar el pionero estudio de Blanco (2006). Al decir “preguntas de investigación bien localizadas” estoy pensando por ejemplo en Grondona (2017), Trovero (2021) o Serra (2019).

²³ Para comprender claramente a qué se está haciendo referencia cuando se habla de “simultaneidad”, véase Bialakowsky (2018) y Bialakowsky y de Marinis (en prensa). Los análisis realizados bajo esta perspectiva pueden combinar alta reflexividad teórica con irreverencia ante la imposición de cánones “del centro”. De ello resulta posible, por caso, poner en el mismo plano de autoridad para decir cosas acerca del mundo social a José María Ramos Mejía frente a Gabriel Tarde (Bialakowsky y Blanco, 2019), o a David Viñas y Josefina Ludmer frente a Robert Castel y Michel Foucault (Haidar, 2019) o a Gino Germani frente a David Riesman (de Marinis y Bialakowsky, 2016).

²⁴ Para ilustrar brevemente el argumento: el concepto de “encrucijada epocal” reenvía a coyunturas complejas en las cuales las sociedades se debaten entre caminos, a menudo contrapuestos, de modernización, desarrollo, dependencia, dictadura, democracia, socialismo, fascismo, neoliberalismo, extractivismo, sustentabilidad y muchos etcéteras más; a su vez, el concepto de “encrucijada teórica” remite a debates dentro del campo científico donde sus agentes dirimen posicionamientos sobre teoría, pero también sobre metodología y epistemología (micro/macro, positivismo/hermenéutica, teorías de alcance intermedio/grandes teorías, acción/estructura, etc.).

²⁵ Con esto, me refiero estrictamente al ámbito de la investigación, pues en la enseñanza las teorías siguen ocupando un lugar indiscutiblemente central.

Este subcampo, aun teniendo sus particularidades, está sometido a los mismos avatares del campo sociológico en general, por los cuales queda colocado en una relativa desventaja respecto de otros campos científicos:²⁶ gran porosidad que le dificulta la refracción de las intromisiones procedentes del campo político; mayor probabilidad de ser objeto de recortes presupuestarios en escenarios como los de nuestra región, caracterizados por crisis económico-políticas endémicas; problemas de acceso a otras fuentes de financiamiento aparte de las públicas; gran dificultad para hacer valer la utilidad o la relevancia social de sus hallazgos; fuerte competencia con otras voces que también hablan “en nombre de lo social”, como los medios de comunicación.

En estas condiciones, ciertamente adversas para su autonomía, el mejor servicio que podemos hacerle a este subcampo de la teoría social/sociológica, en pos de su supervivencia y para avanzar en su consolidación y expansión, es el de ampliar los espacios ya existentes de debate horizontal y franco, así como crear otros nuevos. Tal como sucede en el contexto de otras sociologías (urbana, de la salud, de la cultura, rural, del deporte, etc.), la teoría social/sociológica en nuestra región presenta un panorama significativamente diversificado. En efecto, bajo el paraguas de la teoría social/sociológica latinoamericana, se alojan esfuerzos que reconocen una inscripción disciplinaria sociológica clara junto a otros que se articulan sin mayores resquemores con la filosofía, el psicoanálisis, la historia o los estudios culturales; prácticas de teorización general más abarcativa y abstracta junto a ejercicios de reconstrucción histórico-conceptual de ciertos autores, escuelas, corrientes, en cierta y determinada encrucijada epocal; intervenciones de tipo GT y otras más proclives al despliegue de TAI; teorizaciones de inspiración feminista y reinversiones del marxismo y la teoría social crítica, etc.²⁷

En el marco de semejante diversidad de actividades de teorización, diversidad que no es solo temática, sino también metodológica, epistemológica e incluso político-ideológica, no son sencillos los debates ni se dan “naturalmente”. Pero de todos modos creo que vale la pena intentarlos. En ese sentido valoro el trabajo de Torres, porque efectivamente invita e incita al debate, aun cuando no me parezca posible (ni tampoco deseable) subsumir la rica diversidad de nuestro campo de estudios bajo alguna rúbrica común, tanto sea bajo el nombre de “proyecto” como bajo el de “paradigma”. En cualquier caso, si queremos que nuestra actividad de teorización social tenga un mayor (y más efectivo) peso político y cultural, no será suficiente con tener la voluntad de encarar debates o asumir los que se nos propongan. Se requerirá más bien generar condiciones institucionales, formas de evaluación y financiamiento de la actividad científico-social que orienten las prioridades investigativas en ciertas direcciones. Pero eso ya nos lleva a otro plano, el de las luchas políticas, donde la rica tradición de la teoría social latinoamericana en otras coyunturas históricas tuvo mucho para decir, y en cierto modo, aunque menguado, también lo tiene en la actualidad.

²⁶ Si bien las cuestiones a las que aludiré a continuación son ciertamente importantes en todas partes, su alcance puede ser bien diferente según el país/provincia/ciudad/universidad que se tome en consideración. La ponderación de esos variados alcances debería ser objeto de un escrutinio empírico detallado.

²⁷ Podría seguir enumerando ejemplos de variantes de prácticas teorizadoras existentes en la actualidad en la región, pero a los fines prácticos de mi argumento los ya presentados deberían ser suficientes.

BIBLIOGRAFÍA

ALVAREZ RUIZ, F. (2019). Hacia una crítica de la totalidad eurocéntrica como fundamento para estudios de teoría social de (y desde) el sur. En de Marinis, P. (coord.), *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica* (pp 29-68). Buenos Aires: CLACSO-IIGG.

ARONSON, P. (2019). Sociología, teoría sociológica, teoría social. Totalidad, autonomía, convergencia. En S. Tonkonoff (comp.), *Teoría social desde América Latina* (pp.107-134). Villa María/La Plata/Buenos Aires: EDUVIM, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y Ediciones Pluriverso.

BIALAKOWSKY, A. (2018). Investigar teoría sociológica del Sur y del Norte: la propuesta del abordaje simultáneo. *Perfiles Latinoamericanos*, 26 (52), 1-19.

BIALAKOWSKY, A. y BLANCO, A. (2019). Multitudes y 'estilos fundacionales'. Una lectura en simultáneo de textos del Sur y del Norte. En P. de Marinis (coord.), *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica* (pp. 89-150). Buenos Aires: CLACSO-IIGG.

BIALAKOWSKY, A. y DE MARINIS, P. (en prensa). Times and spaces of sociological and social theory: a simultaneous approach of "peripheries" and "centers". En Bueno, A., Strecker, D. y Teixeira, M. (eds.), *De-centering Global Social Theory and Research: The Peripheral Turn in Sociology*. Londres: Routledge.

BLANCO, A. (2006). *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI.

DE MARINIS, P. (2022): 'Menos es más': algunas reflexiones hacia una teorización sociológica sobriamente ambiciosa para tiempos de (post)pandemia (o: un elogio - quizás extemporáneo - de la arquitectura modernista y de la sociología funcionalista). *Trabajo y Sociedad* N° 28, Vol. XXIII, 313-333.

DE MARINIS, P. y BIALAKOWSKY, A. (2016). "Mass society". A simultaneous approach of David Riesman and Gino Germani. Trabajo presentado en el 3rd ISA Forum of Sociology de la International Sociological Association), Viena (Austria), julio de 2016.

GRONDONA, A. (2017). *Gino Germani: transición, paradojas, sustituciones y heterogeneidades*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

GUZMÁN TOVAR, C. (2019). Las experiencias de aceleración en investigadores sociales de América Latina. *Sociológica* 34, N° 97, 115-144.

HAIDAR, V. (2019). Entre la formulación de problematizaciones y la organización de corpus. Herramientas para escribir las historias del presente. En P. de Marinis (coord.), *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica* (pp. 269-303). Buenos Aires: CLACSO-IIGG.

LAMO DE ESPINOSA, E. (2001): La sociología del Siglo XX. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 96, 21-50.

MARTUCCELLI, D. (2015). Cartografía y horizontes de la sociología sobre América Latina. *Papeles del CEIC* Nro. 114, 1-33.

MERTON, R. (1995). *Teoría y estructura sociales*. México. Fondo de Cultura Económica (primera reimpresión de la tercera edición en español de la tercera edición en inglés, revisada y aumentada, de 1968).

MILLS, C. (1961). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

PELS, D. (2001). Three Spaces of Social Theory: Towards a political geography of knowledge. *Canadian Journal of Sociology*, 26(1), 31-56.

RODRÍGUEZ, P. (28 de abril de 2020). Los intelectuales y los lugares comunes ante el coronavirus. Un debate con Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Byung Chul-Han, Markus Gabriel y Yuval Harari. *Página 12*, disponible en <https://www.pagina12.com.ar/258063-los-intelectuales-y-los-lugares-comunes-ante-el-coronavirus>

ROSA, H. (2005). *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.

SERRA, P. (2019). *El populismo argentino. Desde Germani a Laclau*. Buenos Aires: Prometeo.

TORRES, E. (2021). *La gran transformación de la sociología*. Buenos Aires y Córdoba: CLACSO y Universidad Nacional de Córdoba.

TROVERO, J. (2021). *Gino Germani: integración, modernización y civilización. Un análisis teórico, metodológico y epistemológico acerca de sus investigaciones sobre la cuestión urbana* (tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires (Argentina).

VOSTAL, F. (2016). *Accelerating Academia. The changing structure of academic time*. New York: Palgrave Macmillan.

WAISBORD, S. (abril de 2020). Los falsos profetas de la postpandemia. *Revista Anfibia*, disponible en <http://revistaanfibia.com/ensayo/los-falsos-profetas-la-pospandemia/>

BIODATA

Pablo DE MARINIS: Es Licenciado en Sociología (Universidad de Buenos Aires, 1991) y Dr. Phil. (Institut für Soziologie, Universität Hamburg, 1997). Es profesor titular de teoría sociológica en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CONICET (ambos de Argentina). Sus temas de investigación han sido sobre todo las teorías sociológicas clásicas y contemporáneas, las teorías sociológicas latinoamericanas, la metodología de la investigación teórica y las problematizaciones sociológicas acerca de la comunidad y las masas. Ha dictado numerosos cursos de posgrado sobre estos temas en su país, así como en España, México y Brasil. Desde 2006 coordina el Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Sociológica (GEPyC/TS), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Fac. de Cs. Soc, UBA. En <http://gepyciigg.sociales.uba.ar/> pueden verse los proyectos en curso y descargarse las publicaciones tanto de de Marinis como de los demás integrantes del grupo.

Este es un verificador de tablas de contenidos. Previene a la revista y a los(as) autores(as) ante fraudes. Al hacer clic sobre el sello TOC checker se abrirá en su navegador un archivo preservado con la tabla de contenidos de la edición: **AÑO 28, N.º 101, 2023**. TOC checker, para garantizar la fiabilidad de su registro, no permite a los editores realizar cambio a las tablas de contenidos luego de ser depositadas. Compruebe que su trabajo esté presente en el registro.



User: ut0101
Pass: ut28pr1012023

Clic logo

